

Cuerpos a la deriva

Esther Seligson

Poeta, ensayista, narradora, Esther Seligson, autora de libros como Indicios y quimeras, A campo traviesa y Toda la luz, entre muchos otros, nos regala en este texto un ejemplo de su intensa prosa lírica.

A Natasha

*Soy una oquedad que clama
por ser una totalidad.
En medio de ninguna parte
JM Coetzee*

Va tumbada en la carreta, sobre la paja húmeda. ¿Así que finalmente había sucumbido a la peste? Bueno, piensa, mejor ya no tener que ocuparme de otros cuerpos. Ahora al suyo le toca su descanso. Intenta abrir los ojos pero los párpados hinchados ¿pesan?, ¿duelen? ¿Hacia dónde se dirige? La pregunta es redundancia pura, apenas una pequeña pausa, una engañosa tregua antes de asumir con certeza meridiana lo obvio: al quemadero. Y no viaja sola. Muchos cuerpos más están amontonados debajo del suyo que acomodaron hasta encima por un respeto supersticioso. ¡Ah!, se dice, ¿entonces la humedad y la blandura no son del heno sino de las carnes en putrefacción y los harapos pringosos? Ahora sí, todo quedará purificado en el fuego, en esa pureza a la que ella siempre aspiró por detrás de su oficio de curandera, comadrona y mano santa, mano que supo hundirse en los entresijos sin importarle sangre, pus, gangrena, mierda, fetidez o vómito. Sin embargo, vivió su vida protegiéndose del torbellino de las emociones, su neblinoso ámbito, su vértigo acuoso, cuidando permanecer en el limbo a la espera de que nada irreversible ocurriera. Sí, afirma, pretendí

no participar, no encolerizarme, no sufrir impaciencia, pretendí estar por encima del dolor y no tener nada que perder, siempre dándole cabida a lo nimio y a dejarme humillar sin percatarme de la amargura que lenta se infiltraba igual como ahora los flujos hediondos entre mis brazos y piernas confundidos con los otros cuerpos. Por fuerza reconoce en el hedor un proceso de descomposición producto de incontables días de trayecto. Las piras hace tiempo que se apagaron, recuerda de pronto, y no fue ahí donde ardió su heroísmo de mártir incontaminado, impermeable a lo turbio, lo repugnante. Eran demasiados cadáveres. Los soldados y los leñadores no se daban abasto, así que decidieron soltarlos río abajo, no sin antes quitarles los zapatos, rumbo al mar, al corazón de un mar que Ella nunca conoció, imagen obscena de la invasión del agua en el interior de su cuerpo que no acaba por aceptarse cadáver fresco aún de las múltiples violaciones que el carretero se permitiera. La realidad es insuficiente, se asombra, tiene demasiadas aristas, nada es solamente lo que es... ¿Estoy siendo expulsada de mi ser? Me creí piadosa, pero tal vez era una suerte de insensibilidad, tanta renuncia a cualquier confrontación, fue más fácil aceptar, callar, consentir, víctima extraviada en un mundo ajeno. ¿Dónde está el Vacío al que debo llegar para fundirme con él? Ese abismo a cuyo borde siempre creyó encontrarse detenida ¿terminará por



Antonio Saura, *Aischa*, 1956

englutirla y disolver el límite que todavía sus pensamientos mantienen en el peso de esas manos que como cuchillos invisibles fueron siempre precisas, exactas? Dueñas de una capacidad autónoma de decisión sin titubeo alguno, dirigidas desde otra parte, otro espacio. El trabajo me mantuvo paralizada ante el abismo, acepta, me dejé entronizar como una diosa para que la imagen que la gente tenía de mí creara un marco alrededor y contuviera mi terror a caer. De esa forma mis manos se hicieron poderosas, bastaba cerrar los ojos y dejarlas desalojar a la enfermedad, desenconcharla, bombarla, mientras a mí me mantenían arraigada, segura, lejos del poder disolvente del abismo cuyo terror creí vencer, cubrir con la fuerza de mi andar yendo de un pueblo a otro tal el vagabundo con su horquilla lectora de manantiales ocultos. Y así la recibe la gente en sus casas. Ella no necesita cargar con enseres personales, salvo sus yerbas, menjunjes y talismanes. Cama, ropa y comida obtiene a cambio del trabajo de sus manos que jamás aceptan oro ni plata pues no tocar paga incrementa su poder y parece alejar por compensación la energía ávida del abismo. Era una forma de congraciarse con él, reconoce, de aplacarlo cual si fuera una bestia hambrienta, un dios endemoniado, mi propia sombra. Mis manos dieron indiscri-

minadamente para defenderme de la inseguridad, el sonambulismo de soberbia elaborado por la fantasía de su infalible toque y la inagotable resistencia de mi cuerpo macizo, flexible. Tuvo que venir la peste y arrojarme en él. ¿Es este acuciante cementerio de neblinas mi última morada? Sensación de pobreza permanente. Cada partícula de su cuerpo lucha aún con vida propia e independiente por subsistir en la materia, por eso le hace falta ahora el sustento de una Voz, para debilitar a esa lucha, la recitación de las plegarias de pasaje, y ayudarla a alcanzar el oscuro túnel amarillo radiante. Soy una luz obstinada, admite, por la materia que no consigo desecharla. ¿Qué sombra voy proyectando que le impide a la luz la posibilidad de liberar esta prisión que mis pensamientos tejen? La muerte me cascabelea en las entrañas pero no está dentro de mí, ese *mí* que las aguas van arrastrando pasivamente dentro de una cáscara hinchada a punto de reventar y que sin embargo tarda en hacerlo como si la carne no terminase por alcanzar su límite extremo. Soy un borboteo de pensamientos, una corriente que ulula. El viejo sabio le advertía que tuviese cuidado de la tristeza y la arrogancia de su impuesta humildad, “ambas impureza que genera impurezas”. Una lámpara se ilumina, rememora, con cada nacimiento, otra durante la noche de bodas, la tercera para guiar al alma en su desprendimiento mientras el cadáver yace pies hacia la puerta con el rostro mirando al levante. Mi madre murió de parto y el viejo sabio del pueblo me adoptó y mantuvo virgen para consagrarme curandera y mano santa. Ella escucha el grito agrio de las gaviotas. Atardecer de vientos huracanados y lluvias torrenciales. El mar gris acero surcado de espumas turbulentas parece mero reflejo de las nubes abollonadas en el cielo ceniciento, plomizo. La noche escurre goteando oscuridad. Llevaba dentro de mí, prosigue, mi propio abismo de soledad y silencio, y ahora helo aquí, tan extenso, el infinito royéndome con lentitud vasta y paciente, sin hacer cuentas de tiempo, sin deber ni haber, sin prisa por tocar alguna orilla, por saciar ese desmoronamiento de células, cauteloso, sí, hay cautela, avidez de prudencia, de desposesión que no se entrega sino por tenacidad de despojarse progresivo, lúcido, implacable. Pe rcebe la voluptuosidad del despeñarse en morosas, fragmentarias, detenidas caídas sin reposo o quietud, sin llegar a término, a fondo. ¿Es esta sensación la membrana que me separa ahora de la vida o es de la muerte total? No supe arrojar de mí, concede, tanto lastre, y así pareciera que esas ataduras son las que van arrastrándome corriente abajo. Desconocí el goce sin remordimiento, la embriaguez de estar viva, de la propia vida tal cual desnudada de temores y culpas en su cadencioso transcurrir siempre a punto de tocar su polo contrario. Nunca se permite el placer de dilapidar, de sucumbir en una profundidad feliz, en un furor de cólera desmesurada, y no precisa-

mente por prurito moral —el viejo sabio le explicó que el mal es apenas el bien desplazado de su lugar correcto y que las acciones son más importantes que las palabras, los pactos secretos y las plegarias de encomienda—, sino por timorata, por cálculo pasivo, el desapego frío, premeditado, de un niño. Nunca desbordó mi existencia, reconoce, más allá de los límites que me impuse, ignoré lo inconmensurable salvo ante la sabiduría del viejo que me transmitió su ciencia para sanar el cuerpo y el alma, prolongar en lo posible la vida y ayudar al tránsito hacia un más allá al que ni siquiera creo empiezo a aproximarme... ¿Creo?... ¿Siento?... ¿Pienso?... Mi cuerpo, o lo que aún queda de él, va a la deriva con otros que fueron arrojados a las aguas caudalosas del río rumbo al ancho mar. No conoce la diferencia entre acatar o doblegarse ni el límite entre dar o someterse. Tampoco supo recibir, tomaba sin más. Un constante estado de privación, como si una orden la fustigara en todo momento, “prohibido ser feliz, prohibido ser feliz”. Cuando salía del trance, discurre, y las manos volvían a mí, empezaba el terror de la duda sobre si lo que hice fue o no lo correcto, si el aliviado recaería, la parturienta contraería las fiebres puerperales, el crío moriría de inanición, el infectado podrido en la insalubridad, de ahí quizá mi trasahumancia, no tanto por amor a la libertad como defendí, sino por temor a equivocarme y sufrir las consecuencias, las repesalias fanáticas que siempre aguardé, víctima propiciatoria, justo castigo por negarme a satisfacer los apetitos del abismo. Pero la gente nada malicia de ese martirio y toma su reserva por un acto de humildad. Sólo el viejo sabio la conoce —“Nunca dudes de la pureza de tus intenciones. Lo demás no es asunto tuyo”—, aunque Ella no entienda y deduzca que nada le está permitido o que no es su propio juez. Así mejor ir de un lugar a otro, evoca, no pedir consejo, tomar lo dado, aceptar incluso lo indigno con tal de que no me preguntasen y descubrieran el abismo, el terror, la falla atravesándome la conciencia, el sueño, la vigilia. A veces prolonga el tiempo necesario en su paso por alguna casa hasta conseguir ahuyentar las sombras del miedo a encontrarse sola por los caminos con su abismo a la vera y ser asaltada por las oscuras entidades surgidas de él para empujarla dentro. Mi centro de gravedad, continúa, radicó en la certeza recobrada de estar llena de mis manos. Posponía mi partida alegando devotas purificaciones según el caso fuese para un difunto, un recién nacido, una futura desposada. Y por qué habrían de recelar si nunca pedí nada a cambio salvo el albergue temporal, el alimento y, en caso extremo, sayo, sandalias o el morral para mis medicamentos y provisiones. Siempre adopta un aspecto menguado e indefenso a pesar de su estatura que encorva para no parecer tan alta. Trenza su cabello castaño oscuro, y lo deja caer a la espalda sin adornos o aceites, oculto bajo la pañoleta



Antonio Saura, *Los ojos de la mora*, 1955

impecablemente limpia, al igual que sus vestidos. Inclusive sus pies calzados se diría no han pisado el barro de los caminos. Yo era una peregrina más, reflexiona, una mujer que podía despertar curiosidad pero no una lujuria inmediata, de ahí el estupor del cuerpo cuando fue violado por el carretero andrajoso descargando sus propios terrores sobre un bulto abotagado y maloliente. ¿Acaso siempre recogemos lo que sembramos?... ¿Acaso el cuerpo conserva sus instintos, su deseo, sus anhelos, su sueño?... ¿Mis sueños?... ¿Por qué no me aventó a la pira y que el fuego me purificara ceniza en su luz ardiente? En cambio ahora también las aguas profanan mis orificios en implosiones sucesivas, subcutáneas, mientras la piel se dilata hasta que la presión interior la haga estallar y libere a mi ser de su sarcófago para hundirse finalmente en el vacío absoluto, su destino imperecedero... ¿Soy aún esencia viviente? ¿Espíritu?... ¿Alma divina?... Recelo. No le mira el rostro a la gente, no conecta con sus ojos, sólo deja que las manos se deslicen sobre las carnes y se adentren en busca de la dolencia. No marrar, no caer en el abismo, hacerse pequeña hasta la invisibilidad. Fantaseaba, sí, confiesa, con el sentido de mi heroico despojamiento frente a la mirada ajena y lo actué para que así me percibieran, intangible, sacrificada

Mi cuerpo, o lo que aún queda de él, va a la deriva con otros que fueron arrojados a las aguas caudalosas del río rumbo al ancho mar.

al bien de los otros, aunque nunca me atreví a glorificarme santa por temor al asedio, al contacto, a renunciar a la soledad, al silencio, a la pureza. En realidad soy débil, y se precisan demasiadas agallas para vivir, para soportar incluso la desesperanza. No pude dar la alegría de vivir que nunca tuve —“Cada uno es como Dios lo hizo y aún peor”—, se burlaba el viejo sabio. Vive protegiéndose de las emociones, en el limbo de los acontecimientos sin afirmar o negar, a merced del toque de sus manos, inmersa en los detalles pequeños para conservar la ligereza de ánimo, cauta. Árbol quebrantado. Parece cercada por alguna inexistente muralla dentro de la cual, no obstante, Ella es una fugitiva. La peste tomó a todos por sorpresa extendiendo su manto sombrío por pueblos y ciudades y sin distinguir a pobres o a ricos, a sanos o a enfermos, a niños o a viejos. Se acusó de propagarla a los soldados, a los malos gobernantes, a las prostitutas, a los judíos, a los marineros, a los peregrinos, y

antes de que pudieran tacharla a Ella de hereje, hechicera, blasfema, idólatra, cismática o apóstata, la peste se la llevó...

—¿Te consideras en estado de gracia?

—Si no lo estoy, que Dios me ponga en él. Si lo estoy, que Él me lo conserve...

Noche de vientos huracanados y lluvias torrenciales. El mar gris acero surcado de espumas turbulentas vomita cadáveres tan hediondos que difícilmente habrá pez o ave que vaya a devorar lo que son ya nudos de purulencia gelatinosa. El oleaje sacude al suyo. Brumas alrededor. Bronco zumbar. De pronto Ella se mira fuera de él, balanceándose, parece el despojo de una canoa, apenas un madero carcomido por la sal, un punto lejano alejándose en una dócil sumisión cada vez más y más en medio de ninguna parte y hacia ninguna parte, vapor amarillo oscuro radiante... Estoy ofreciéndome, vislumbra, por fin me entrego... **U**



Antonio Saura, *Grattage*, 1955